

mes en asegurar el hecho, en certificarlo, en referirlo como indudable. Lo refieren como indudable, no solamente en la época en que sucedió, sinó tambien en los tiempos que se sucedieron hasta nuestros dias. Lo refieren como indudable, no solamente aquellos para quienes el hecho ha sido glorioso, sinó tambien aquellos para quienes ha servido de condenacion é ignominia. Es forzoso, pues, negar toda certidumbre histórica, ó confesar que el hecho de que hablamos no puede ser más cierto ni estar mejor apoyado.

Pero ¿qué juicio se ha de formar de su naturaleza y de sus caracteres? ¿Lo miraremos como un hecho natural, ó más bien sobrenatural, milagroso y divino? Vuestra decision debe estar conforme con lo que nos hacen conocer la naturaleza del hecho, la reunion de sus circunstancias y de sus relaciones, y el juicio que siempre y en todas partes han formado los hombres sensatos y prudentes.

Repasemos en nuestro pensamiento la relacion del hecho, consideremos sus circunstancias, examinemos sus relaciones diversas, y pongamos á la vista el conjunto de lo acontecido.

¿Qué hallais en él que no sea prodigioso, extraordinario, divino? Es un prodigio: las zanjias cegadas tantas veces sin el trabajo del hombre; las llamas que no se habian visto antes ni se vieron despues, y que aparecieron solamente cuando se trabajaba en esta obra; los globos de fuego que perseguian á los trabajadores en su fuga; el concurso simultáneo del fuego, del torbellino y del terremoto: es un prodigio y una obra divina, las cruces impresas en los vestidos que ningun esfuerzo pudo hacer desaparecer. De aquí nació la unanimidad de los cristianos en proclamarle milagro, oponiéndolo á los gentiles y á los judíos; el silencio de los paganos; la vergüenza y el furor de la Sinagoga: de aquí aquel hecho atestiguado por Gregorio Nazianceno en sus invectivas contra Juliano; «casi todos elevaron hácia el Dios de los cristianos una voz suplicante y trataron de aplacarlo con alabanzas y oraciones.» Además, un gran número de ellos, iluminados por tanta luz, admirados por tantas señales, vencidos por una evidencia tan manifiesta, dijeron un eterno adios al paganismo y á la Sinagoga, se convirtieron al Cristianismo, adoraron su cruz, y abrazaron su doctrina.

Siendo esto así, siendo el hecho indudable; ¿qué se debe concluir? ¿Cuáles son sus consecuencias inevitables é inmediatas?

Es una consecuencia de este hecho, que en el duelo entre el Cristianismo de una parte, el paganismo y el judaismo de otra, la voz de Dios ha intervenido milagrosamente, y ha declarado vencedor al Cristianismo.

Es una consecuencia de este hecho, que la conducta de Dios, con los conjurados para la reedificacion del templo, no es absolutamente diferente de su conducta con los que intentaron construir la torre gigantesca de las llanuras de Sennaar.

Es una consecuencia de este hecho, que Dios, de una manera enteramente divina, confirmando las señales antiguas, proclamó solemnemente á Jesús profeta verídico y divino.

Es una consecuencia de este hecho, que la obra de Jesús es la obra del cielo, y no de la tierra; es la obra de Dios, y no la del hombre.

Es una consecuencia de este hecho, que no hay ménos impiedad en atacar la obra de Jesús, que en rebelarse contra la omnipotencia; y que si se encuentra un hombre tan imprudente y tan temerario, no puede ni debe prometerse sinó un fuego eterno, representado y figurado en aquellas llamas que envolvieron y redujeron á cenizas á los audaces que, por la voz del hecho, querian decir á Jesucristo: «Has mentido.»

---



---

## PAZ.

(LA)

*Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis.*

La paz os dejo, la paz mia os doy.

(JOANN. XIV, 27.)

Lo que el sumo sacerdote Onias, con las manos extendidas hácia la asamblea de los hijos de Israel, pedia y exhortaba á pedir con él á Dios omnipotente, debemos todos cuantos estamos aquí reunidos implorarlo de la bondad divina. «Rogad al Dios, señor de todo lo criado, decia ese pontífice de la antigua Ley, para que reine la paz en Israel en nuestros dias y para siempre, con lo cual crea Israel que la misericordia de Dios está con nosotros para librarnos de todo mal.» (Eccli. l. 24, 26).

La paz, hermanos míos, es, en este momento, el voto de todos, la necesidad de todos, el grito de todos. En este punto se observa un



concierto afectuoso, una inteligencia admirable, una rara y preciosa unanimidad. Todas las divergencias de opinion se borran, y cesan todas las divisiones tratándose de proclamar que se aspira á la paz, que se quiere la paz, que el país tiene hambre y sed de paz, que todos sus intereses piden y reclaman la paz.

No serán los cristianos, por cierto, los que dejen de tomar parte en este concierto general. Nosotros somos los hijos de la paz, los abogados de la paz, los ministros y mensajeros de la paz, los guardianes y los tutores de la paz. Se nos manda que, en cuanto esté de nuestra parte, vivamos en paz con todos los hombres. (ROM. XII, 18). Nunca la causa de la interrupcion ó pérdida de la paz ha de proceder de nosotros: *Dummodo non ex nobis causa aut interruptæ aut non conservatæ pacis existat.* (HILAR. IN PS. CXXXII, 8).

Lo que pedimos al pié de los santos altares es la paz: la paz tal como la entienden y desean los hijos de Dios; y en defecto de ésta, la que piden los hijos del siglo. Por esto os diré con el Salmista: «Pecidid á Dios los bienes de la paz para Jerusalem,» ó sea para la ciudad, cuyo nombre significa paz: *Jerusalem, hoc est, visio pacis*; porque en ella se hallan todos sus elementos y garantías: *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem.* (PS. CXXI, 6). Y añade con el profeta Jeremías, al dirigirse á los judíos que habitaban en Babilonia: «Procurad la paz de la ciudad temporal á donde os trasladé;» y bien que su nombre exprese la confusion: *Babel, hoc est confusio.* (GEN. XI, 9), no omitais el rogar por ella al Señor, porque en la paz de ella tendreis vosotros paz. «*Et querite pacem civitatis (Babylonis) et orate pro ea ad Dominum, quia in pace illius erit pax vestra.* (JEREM. XXIX, 7).

San Agustin dió de la paz una definicion célebre: «La paz en todas las cosas, dijo, es la tranquilidad del orden:» *Pax omnium rerum, tranquillitas ordinis.* Y continúa diciendo: «El orden es la disposicion que, segun la paridad y la disparidad de las cosas, señala á cada una de ellas el lugar que debe ocupar. (DE CIVIT. DEI, l. XIX, c. 5). La paz del hogar doméstico, consiste, pues, en la distribucion regular del mando y de la obediencia en la casa; la paz de la ciudad terrestre, consiste en el concierto ordenado de la autoridad y la sumision; la de la ciudad celestial, en el orden perfecto de la union suprema de los escogidos en la fruicion de Dios y el gozo mútuo de todos en Dios. Finalmente, la paz entre el hombre mortal y Dios, entre la ciudad de acá abajo y la ciudad de arriba, consiste en la obediencia arreglada y ordenada por la fe bajo la ley eterna: *Ordinata infide sub æterna lege obedientia.* (Ibid).

Consecuente á este principio, la paz verdadera, tanto para el cuer-

po como para el alma, lo mismo para el individuo que para la familia y para la nacion, es la paz en el servicio de Dios, la paz en la profesion de la fe, la paz en la observancia de la ley divina. Esto es lo que me propongo demostraros, despues de implorar los auxilios de la gracia. A. M.

4. La verdadera y sólida paz, la paz digna de este nombre, en la Escritura va casi siempre acompañada de la verdad (IV. REG. XX, 49.—IS. XXXIX, 8), ó de la justicia (IS. XXXII, 17.—ECCLI. V, 12), de la caridad (EPHES. VI, 23.—II. TIMOTH. II, 22) y de la gracia (ROM. I, 17 ET IN OMNIBUS EPISTOLIS). Raras veces marcha enteramente sola y sin su cortejo natural y necesario. La verdadera paz es el fruto de la verdad; y cuando no se ama á ésta, no se obtiene aquélla: *Veritatem tantum et pacem diligite* (ZACH. VIII, 19).

La posesion de la paz, depende, pues, de Dios. El solo la tiene en su mano, y por boca de sus profetas nos dice: Yo el Señor, y no hay otro: yo que formo la luz y que hago la paz:» *Ego Domini... faciens pacem.* (IS. XLV, 7). En vano agotaríais todos los recursos de un talento fecundo en negociaciones hábiles; inútilmente negociaríais, potestades de la tierra, si no concluyerais vuestro tratado de paz con Dios. *Pacem habeamus ad Deum.* (ROM. V, 1). Y por el contrario, cuando Él la otorga, ¿quién tendrá fuerza para turbarla? (JOB. XXX, 29.)

Ahora bien: entre Él y los hombres hay un mediador. El tratado de paz con el cielo, supone siempre la mediacion de Jesucristo, por el cual tenemos cabida cerca del trono del Padre: *Pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Jesum Christum, per quem et habemus accessum* (ROM. V, 1-2). Jesús es llamado Príncipe de la paz (IS. IX, 6), y la paz del mundo entero fué la señal de su venida (MICH. V, 5) y su primer beneficio. Donde quiera que reine Jesucristo, reina tambien la paz; «porque él es la paz nuestra, él, que de dos pueblos hizo uno, rompiendo por medio de su carne el muro de separacion, para formar en sí mismo de dos un solo hombre, haciendo la paz y reconciliando á ambos pueblos en uno solo.» (EPHES. II, 14-15.) Por esto acostumbraba Jesús saludar á sus apóstoles con estas palabras: La paz sea con vosotros, *pax vobis* (LUC. XXIV, 26); y al despedirse de ellos, les dijo: «La paz os dejo, la paz mia os doy: no os la doy yo, como la dá el mundo.» (JOANN. XIV, 27). Ya lo oís, hermanos míos, hay una paz que es propiamente la paz de Jesús, una paz que Jesús llama *suya*, y quiere que estemos en paz con él: *ut in me pacem habeatis* (JOANN. XVI, 33).

Y esta paz, que es la paz de Cristo, esta paz que sobrepuja á todo



entendimiento, y que guarda los corazones y los sentimientos en Jesucristo (PHILIP. IV, 7); esta paz, que el grande Apóstol desea triunfe en nuestra alma, y á la cual fuimos todos llamados para formar un solo cuerpo (COLOSS. III, 15), considerada en sus relaciones con las sociedades, no es otra cosa que la paz de la Iglesia, el tranquilo cumplimiento de la ley cristiana, el desenvolvimiento pacífico de las obras de la fe y de la caridad, el reconocimiento público de las verdades y de los preceptos del Evangelio, la conformidad de las legislaciones é instituciones humanas, con la doctrina y la moral de Jesucristo.

Esos reinados pacíficos y regulares han sido raros en la tierra, porque ésta es el teatro temporal de la prueba; y bajo el imperio necesario de la libertad de opción, y la inspiración funesta de las pasiones, el bien anda siempre mezclado con el mal. El orden perfecto no es de este mundo, y la Iglesia militante no puede gustar la paz de la Iglesia triunfante. Sin embargo, la historia nos habla de largos intervalos y dichosos períodos de tranquilidad y de prosperidad debidos á la observancia de la ley divina. El respeto universal á la religión, era el principio de una felicidad excepcional, no turbada por guerra alguna, recompensando así el Señor á su pueblo con el beneficio de la paz (II. PARALIP. XIV, 2, 7). Entre las naciones occidentales, no hay una sola que, desde el establecimiento del Cristianismo, no registre en sus anales alguno de esos benditos reinados. «La ciudad santa gozaba de una plena paz, y las leyes se observaban muy exactamente por la piedad del sumo pontífice Onías, y el odio que todos tenían á la maldad: nacía de esto que los reyes y los príncipes honraban sumamente aquel lugar sagrado, y enriquecieron el templo con grandes dones.» (II. MACHAB. III, 4, 2.) Lo mismo sucedió en varias épocas cristianas, por haber obrado de comun acuerdo grandes pontífices y grandes monarcas, y por el celo ferviente de la tribu eclesiástica y la fidelidad de los pueblos á la doctrina y á la ley de la Iglesia. La paz exterior fomentaba el bien espiritual; y al mismo tiempo que el reinado de Dios se extendía, la prosperidad temporal iba en aumento. La paz aprovechaba á la casa de Dios (Ps. cxxi, 9), y la prosperidad de ésta fomentaba los intereses temporales (Ibid. 8).

Trabaja, pues, en beneficio de todos, quien con sus oraciones y sus obras se esfuerza en asegurar la paz de la Iglesia. Pedid, por tanto á Dios, á aquel que es el dueño de todos los acontecimientos y de todas las voluntades, á aquel que dirige soberanamente á los hombres y las cosas, pedidle que en nuestros días reine y florezca la paz en Israel por largo tiempo: la paz en la verdad, la paz por la justicia, la paz acompañada de la caridad, la paz fecundizada por la gra-

cia; la paz de Jesucristo y por Jesucristo; esta paz perfecta, que es el fruto del exacto cumplimiento de las leyes, de la elevada piedad del sacerdocio, de la disposición favorable de los espíritus, de la protección equitativa de los príncipes; en una palabra, esta paz que imita y prepara la paz de la ciudad celestial y eterna: *Et nunc orate Deum omnium...., fieri pacem in diebus nostri in Israel per dies sempiternos.* (ECCLE. I, 24, 25.)

Direis tal vez: lo que pedís es imposible. Las discordias religiosas que fermentan en Europa, las divisiones y preocupaciones que reinan en los ánimos, aún en el seno mismo de las naciones llamadas católicas, no nos permiten esperar que se organicen cristianamente las sociedades. Por satisfecha puede darse la Iglesia si obtiene la conservación de la paz exterior, de una paz cualquiera, que la deje cumplir con una parte de su misión en la tierra.

La paz material, hermanos míos, es demasiado vulgar y precaria para satisfacernos; sin embargo, no deja ella de ser un bien sumamente apreciable. Y sin admitir que en nuestros días no se pueda desear y obtener otra mejor, recordamos las palabras de Jeremías que ántes hemos citado: «Procurad la paz, decía á los judíos que habitaban en Babilonia, procurad la paz de la ciudad á donde os trasladé y rogado al Señor por ella, porque en su paz tendreis vosotros paz.» San Agustín, en su «Ciudad de Dios,» comenta esas palabras del modo siguiente:

«La ciudad de la tierra tiene elementos de bien y de paz, á cuya posesión debe el gozo que semejantes elementos pueden proporcionarle. Este bien, empero, va mezclado con muchas angustias para aquellos que á él se adhieren excesivamente, puesto que es frágil, y, por lo mismo, dá lugar á mil divisiones.... (DE CIVIT. DEI, I, XV, c. IV). En el fondo, el pueblo desviado de Dios es un pueblo desdichado. No obstante, ama él cierta paz que no se le debe reprobar, una paz que es su paz, y á nosotros nos interesa que disfrute de ella, porque mientras que las dos ciudades estén mezcladas, nosotros nos aprovechemos para nuestra paz de la paz de Babilonia. Por eso el Apóstol dice á la Iglesia, que ore por los reyes y poderosos, «á fin de que nuestra vida discurra pacífica y tranquila en toda piedad y caridad.» Por eso el profeta Jeremías, anunciando al antiguo pueblo de Israel su cautividad en Babilonia, le recomendaba permaneciese en esta ciudad con resignación, sirviese á Dios con paciencia, y orase por ella. «Porque en su paz tendría paz,» es á saber: la paz temporal que provisionalmente es común á los buenos y á los malos (Ibid. I, XIX, c. XXVI).



El santo doctor, además, desenvuelve el mismo pensamiento en estos términos: «El uso de las cosas necesarias á esta vida mortal, es comun á los fieles y á los infieles; pero en la manera de usarlas, cada uno lleva un fin propio y diferente. La ciudad terrenal, que no vive de la fe, aspira únicamente al bienestar humano, y el orden que asigna á todos el orden público, hace que se establezca cierto concierto de voluntades humanas por lo que mira á las ventajas de acá abajo. La ciudad celestial, por el contrario, ó más bien aquella parte de ella, que, durante la peregrinacion de esta vida mortal, se alimenta de la fe, se sirve tambien de esta paz, y mantiene entre ella y su compañera la buena inteligencia en lo que concierne á sus mortales destinos (DE CIVIT. DEI, l. XIX, c. 17).

Esta doctrina del obispo de Hipona, es la que arregla las relaciones entre el hombre espiritual que vive de fe y de esperanza, y el hombre animal, que no encuentra sabor sinó en las cosas sensibles. Deseosos de obtener una paz más elevada y más fecunda, una paz más verdadera y por consiguiente más sólida, los hijos de Dios aceptan una paz, aún mediana y momentánea, porque es un bien; y la Iglesia sabe utilizarla para la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Bajo este punto de vista, se puede decir que los verdaderos cristianos, léjos de oponer obstáculos á la paz del mundo, son los artífices y los conservadores de ella. Porque si la paz no produjera más que esta prosperidad temporal, que casi siempre es una especie de ofensa contra Dios, ni su misericordia ni su justicia le permitirían hacer á la humanidad un presente tan peligroso. Es pues soberanamente conforme á la equidad, que la familia espiritual de Cristo participe de los beneficios de la paz humana, puesto que, tanto por las obras de expiacion y de penitencia que aplacan la cólera del Señor, como por los actos de piedad y de caridad que favorecen la dilatacion de su reino, hace que la tierra halle gracia en los ojos del Omnipotente, y que las sociedades disfruten dias de calma y de sosiego cuantas veces el exceso de sus errores ó de sus vicios no paraliza el poder de su intercesion.

Porque no basta desear la paz, quererla, y declarar que se tiene necesidad de ella; pues la tierra no puede dársela á sí misma; porque, como hemos dicho, la paz procede de Dios, y Dios es siempre el dueño de este don, que lo dispensa cuando bien le parece, conforme á las leyes de su sabiduría y de su equidad supremas.

Cuando Jesús, el Príncipe de la paz, apareció en la tierra, los ángeles cantaron: «Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» La primera de estas

afirmaciones es absoluta. Con la venida de Cristo, la gloria de Dios es completa é independiente de todas las hipótesis y de todos los accidentes; suceda lo que quiera, Dios, en lo más alto de su morada, es glorificado segun la plenitud de sus derechos; nada se ha dejado al capricho de las voluntades libres. No puede decirse lo mismo de la tierra. Solo disfrutan de ella aquellos que la quieren de buena voluntad: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. La voluntad humana ha podido prevalecer en varias ocasiones contra la misericordiosa voluntad del Salvador. Vosotros conocéis esta página del Evangelio, que no puede leerse sin espanto.

«Al llegar Jesús cerca de Jerusalem, poniéndose á mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah! si conocieses tambien tú, por lo ménos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto á tus ojos. La lástima es que vendrán unos dias sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes; y te arrasarán, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado (LUC. XIX, 41-44).» «¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡cuántas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? (MATTH. XXIII, 37.)»

Ya lo veis, carísimos hermanos, Jesús no abrigaba sinó sentimientos de amor y miras de misericordia sobre aquella ciudad; fácil le era obtener la paz con las condiciones á las cuales está vinculada: *Si cognovisses et tu que ad pacem tibi!* Mas, por una ceguedad criminal y voluntaria, Jerusalem perdió la paz para siempre.

El Espíritu Santo ha dicho: «Quién jamás le resistió, que quedase en paz?» *Quis resistit ei, et pacem habuit?* (JOB. IX, 4.) ¡Oh increíble fuerza de resistencia de la libertad humana! ¡Oh misterioso poder de la voluntad de un individuo, de la voluntad de una familia, de una ciudad, de una nacion que se opone á la voluntad de Dios! «Cuántas veces, dice Jesús, he querido... y tú no has querido!» ¡Cuán asombroso es ese duelo, ese conflicto, esa lucha entre el querer divino y el querer humano? Y lo singular es, que en esta lucha, el querer divino sucumbe ante la deplorable obstinacion del querer humano. *Quoties volui..., et noluiti.*

El discípulo no es superior al maestro. El apostolado cristiano, que recibió del Hijo de Dios la mision de evangelizar la paz, tiene tambien que participar de esta derrota. Los términos mismos con los cuales recibió su mision lo expresan claramente: «En cualquiera ciudad ó



aldea en que entráreis, dice el Salvador, informaos quien hay en ella hombre de bien, ó que sea digno de alojaros; al entrar en la casa, la salutacion ha de ser: La paz sea en esta casa; que si la casa la merece, vendrá vuestra paz á ella, mas si no la merece, vuestra paz se volverá con vosotros (MATTH. x, 11, 12, 13.—Luc. x, 5, 6.)» San Hilario, comentando á San Mateo, pregunta: Puesto que el apóstol, al entrar en una ciudad, ó en la casa, debé anunciar la paz, ¿puede la palabra apostólica dejar de ser eficaz, y una palabra sacramental, que opere irrevocablemente lo que ella expresa? (COMM. IN MATTH. x, 8.) Y el mismo santo doctor se responde: Los apóstoles ofrecen la paz á todos, pero no tienen la facultad de hacerla aceptar de todos. La desean aún para los indignos; pero no se les otorga: *Pax indignis optata, non data.* Preciso es que ella encuentre disposiciones favorables en las almas donde se siembra, de lo contrario, la semilla no germina, y en vez de paz cosechan turbulencias, divisiones y guerra.

2. En efecto, amados hermanos, dos grandes obstáculos se oponen á la paz y la hacen absolutamente imposible, á saber: el mal uso que de ella se hace, y el menosprecio, ó solamente la ausencia de los principios en que se apoya. Dios no se ha comprometido á otorgar para siempre sus dones á los indignos, á los que abusan de ellos, y los vuelven contra la mano de quien los han recibido.

«Señor, exclamaba el Salmista, no permitas que yo haga causa comun con los que hablan de paz con su prójimo, miéntras que están maquinando la maldad en sus corazones (Ps. xxvii, 4.)» Para esos tales, el ideal de la paz, es la tranquilidad del desórden, la pacífica posesion de las pasiones, la satisfaccion interrumpida de todo cuanto lisonjea el orgullo y los sentidos. Muchos de ellos se asemejan á los antiguos Romanos, que, llenos de pavor á la vista de un conflicto, buscaban en el Cristianismo un antemural contra los peligros del momento; pero al verse libres de los Bárbaros, volvian á sus preocupaciones y á su primitiva insolencia contra él, no pensando ya sinó en disfrutar sin freno ni reserva de los bienes y de los placeres que les hubieran sido arrebatados sin el signo de la cruz.

Tambien algunos literatos de nuestros dias, muestran su admiracion por el paganismo, suspiran por él, y saludan su reaparicion como el tipo perfecto de la civilizacion y de la felicidad humana. ¿Tenemos necesidad de refutar la apología que de él hacen? Subsisten todavia en mayor ó menor estado de conservacion sus libros y sus monumentos. Dos mil años de Cristianismo no han podido borrar todas las huellas de aquella civilizacion tan ponderada, mezcla diforme de obs-

cenidad y de barbarie. Para recordarnos el exceso del mal en que hubiéramos caido, una sábia disposicion de la Providencia divina ha salvado estos restos de los estragos del tiempo, como la naturaleza, al curar los cuerpos heridos, deja cicatrices que atestiguan lo ancho de las llagas. Han reaparecido á la luz del sol, casas paganas, ciudades paganas, que los volcanes habian cubierto con sus cenizas. El cristiano, y hasta una persona tan solo honrada, tiene que cerrar los ojos al examinar esos vestigios del viejo mundo idólatra, cuyas torpezas sociales y domésticas nos dejó trazadas el Sábio (SAP. xiv, 25-26); concluyendo su pintura con este último rasgo: «Ni se contentaron con errar en órden al conocimiento de Dios y sumirse en abismos de errores y vicios, sinó que viviendo sumamente combatidos de su ignorancia, á un sin número de grandes males les dan el gran nombre de paz: *Sed et in magno viventes inscientie bello, tot et tam magna mala pacem apellant* (IBID. 22.)» ¡Paz nefasta, paz horrible, que Dios no concede á los pueblos sinó en su cólera! Y ¡ay de los pueblos que se contentan con ella! O más bien, tal paz, no es paz, porque, como observa S. Pablo, «cuando los impíos estarán diciendo que hay paz y seguridad, entónces les sobrecogerá de repente la ruina, sin que puedan evitarla (I. THESSAL. v, 3.)»

Los profetas del Señor dirigian sangrientas reprensiones, consignadas en muchas páginas de los santos Libros, á los que predicaban la paz en medio de las iniquidades. «Estos han sido confundidos, dice Jeremías, porque han hecho cosas abominables; ó más bien, la misma confusion no ha podido confundirlos, pues ni siquiera sabian lo que es ruborizarse. Empréndian curar las llagas de la hija de mi pueblo con burlarse de ella: *Curabant contritionem filie populi mei cum ignominia*; diciendo: Paz, paz; y tal paz no existe (JEREM. vi, 14-15.)» Mi pueblo parecia de materialismo, y ellos no le hablaban sinó de materia. El sensualismo corria desbordado, y ellos solo pensaban en aplicarle sus sentidos para absorverlo. Su sistema de curacion consistia en aplicar sobre la llaga la supuracion por ella producida: tratamiento ignominioso, que entretenia y agravaba el mal en vez de curarlo, y de que, si capaces fuesen de ello, deberian avergonzarse todos esos empiricos: *Et sanabant contritionem filie populi mei ad ignominiam, dicentes: Pax, pax, cum non esset pax* (IBID. viii, 11.)»

Ezequiel reproduce las mismas palabras, sirviéndose de otra figura: «Han engañado á mi pueblo, diciéndole: Paz, paz; siendo así que no habia tal paz.» Ahora bien; «si no habia tal paz, continúa diciendo, voy á deciros el por qué. Cuando el pueblo construia un edificio no empleaban sinó barro, con mal mortero. Luego, con arte admira-



ble, lo revocaban con légamo suelto, dándole así una brillante perspectiva; pero aún en esta última operación, descuidaban mezclar con el material empleado alguna cosa que pudiera dar á los muros del edificio alguna consistencia.» «Hijos del hombre, dice el Señor Dios, decid á esos que revocan con mal mortero, que la pared levantada

*dic ad eos qui liniunt absque temperatura quod paries casurus sit.*

En medio de mi indignacion haré estallar de repente un viento tempestuoso, y enviaré aguaceros que todo lo inundarán, y el muro caerá. Y así que el edificio haya caído, ¿acaso no se os dirá por mofa: ¿Dónde está la encostradura que vosotros hicisteis? *¿Ubi est litura quam liniistis?*... Aún más: el edificio arrastrará en su ruina á aquellos que lo encostraron sin mezcla: y desfogaré á la vez mi indignacion en la caída del muro y en la de los desventurados encostradores. Y despues, con mi justa ironía, os diré: El muro ya no existe, ni existen aquellos que lo encostraron, es á saber, los profetas embaucadores, que alelargaban el país y veían para él visiones de paz, siendo así que no hay tal paz, dice el Señor.» (JEREM., XIII, 40—46.)

Esas exhortaciones y esas amenazas de los profetas á las sociedades antiguas ¿no van tambien dirigidas á las sociedades modernas? Hemos visto por do quiera, desde hace un siglo, «conturbadas las naciones y bamboleando los reinos (Ps. XLV, 6);» sucederse las revoluciones á las revoluciones, las catástrofes á las catástrofes. ¡Cuántas veces «hemos esperado la salvacion, y la salvacion no parece!» (Is. LIX, 41.) «Aguardando estamos la paz, y este bien no viene; que llegue el tiempo del remedio, y se apodera de nosotros el terror y espanto!» (JEREM. VIII, 15.) ¿Es por ventura imposible la paz porque los hombres de nuestros tiempos han olvidado los principios en que se funda y las condiciones que la garantizan? En este caso, los habria pintado Isafas; cuando dijo: «No conocen la senda de la paz, y sus pasos no van enderezados hácia la justicia: torcidos son sus senderos, y cualquiera que anda por ellos no sabe qué cosa es paz.» (Is. LIX, 8.)

¡Oh, vosotros todos, carísimos hermanos, que deseais el beneficio de la paz, «aceptad las doctrinas y practicad las obras que producen la paz.» (Rom. XVI, 19.) Encontrareis la paz en vuestra sumision á los mandamientos del Señor, en vuestra docilidad á las enseñanzas de su Iglesia. Fuera de la tradicion cristiana, no encontrarán las sociedades humanas, ni doctrina precisa, ni moralidad definida, ni objeto determinado. Las palabras no tienen el mismo sentido, y hasta el lenguaje se confunde, segun la diversidad de las personas que lo emplean. Las luchas de los partidos se convierten en un pugilato de palabras, en un torneo de discursos, en los cuales puede sobresalir

el mérito oratorio, pero sin que la energía de lo verdadero se halle en parte alguna. Condenada á no probar nada, la elocuencia no pasa de ser un entretenimiento ó un artificio. Cualquiera que sea el brillo con que se envuelva la palabra humana, carece de fuerza no siendo el eco del Verbo de Dios. ~~Fuero se quiere cambiar la esencia de~~

las cosas; Jesucristo es y será siempre la piedra angular de todo edificio social. Sin él, sin su espíritu, todo bambolea, todo se divide, todo se derrumba; y esto es lo que os sucede, porque os complacéis en seguir el camino de los impíos, el camino que han abierto los grandes criminales de la generacion presente, esos hombres que fueron arrebatados ántes de concluir su obra, y que decían á Dios: Apártate de nosotros juzgando que el Todopoderoso nada podia. ¡Ah! léjos de nosotros, las máximas de tales impíos! ¿Por ventura no fué derribado por tierra su erguimiento, y no devoró el fuego de Dios todos sus restos? Instruidos en esta escuela, someteos á Dios con plena aquiescencia, y tendreis la paz, y así recogeréis los mejores frutos (Job. XXII, 15-21).

Y siendo ya un principio de gracia el saber pedir la gracia, tambien es un principio de paz el saber pedir la paz. El Señor nos ha dicho por su profeta: «que él cicatrizará las llagas de las naciones, y remediará sus males, y les hará gozar de la paz y de la verdad de sus promesas conforme ellas se lo hayan pedido (JEREM. XXXIII, 6). Elevemos, pues, nuestras oraciones y nuestros votos hácia el Dios de paz. Digámosle con la Iglesia: «¡Oh Dios Todopoderoso y eterno, que dirigis á la vez las cosas del cielo y las de la tierra! mostraos propicio á las súplicas de vuestro pueblo, y otorgad vuestra paz á nuestros tiempos: por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Vos en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. (Orat. Domin. II, post Epist. Epiphás.) Así sea.